



Comentario bibliográfico

Federico Lorenz, *Elogio de la docencia. Cómo mantener viva la llama* (Buenos Aires: Paidós, 2019).

Manuel Jerónimo Becerra

*Escuela Normal Superior N° 9 “Domingo F. Sarmiento” – CABA
prof.mbecerra@gmail.com*

Fecha de recepción: 24/05/2019

Fecha de aprobación: 07/06/2019

En la Argentina han pasado casi 140 años de la sanción de la mítica ley 1.420 de educación común, piedra basal de nuestro sistema educativo. En ese tiempo se sancionaron cientos de leyes educativas, mientras la escuela fue cobrando sentidos diversos, engarzándose con el devenir de los modelos económicos y los momentos sociales y políticos, nunca de manera perfecta, nunca como piezas que encajan. Siempre denunciada a la zaga de su tiempo, tal vez esa acusación a la escuela nunca fue tan acertada como a comienzos del siglo XXI. La mascarada del “fin de la historia” en los escombros de la utopía socialista dejó sin diques la voracidad de un capitalismo financiero y derechizante que se dispuso a regular la cultura y la sociedad a través de la mano invisible del mercado. ¿Para qué sostener miles de edificios, pagar millones en salarios docentes, en funcionarios, en la administración y monitoreo del sistema?

Elogio de la docencia. Cómo mantener viva la llama de Federico Lorenz se sitúa en esas disyuntivas, por cierto críticas, acerca de las escuelas y el trabajo docente en el capitalismo periférico del siglo XXI. A diferencia de otros trabajos del autor, definidos por su tarea como investigador sobre la guerra de Malvinas, es este un ensayo, en clave autobiográfica, sobre ser docente en la actual coyuntura.

Conceptos clave

En tanto ensayo autobiográfico, es imposible separar el texto de las condiciones biográficas en que fue producido. El mismo autor refiere allí a su candidatura a rector del Colegio Nacional de Buenos Aires, que encaró en 2018 sin éxito. Se trata de una reflexión acerca de la educación: la primera de su obra. Y, tal vez, destinada a funcionar como declaración de principios de cara a un intento futuro.

Elogio de la docencia consta de doce capítulos en los que, con una prosa cuidada y referencias literarias atinadas, el autor recorre un catálogo de valores y habilidades imprescindibles para encarar la tarea docente: algunos de sus títulos son “Soñadores diurnos”, “Diálogo y escucha”, “Guerrilleros”, “Astucia”, “Sensibilidad artesanal”, “Generosidad”.

Hay dos conceptos clave que Lorenz desarrolla acerca de la función de la escuela y el trabajo docente, y un tercero que aplica a sí mismo y muestra como modelo deseable. Que él encarna. El primero es el de *escala humana*: la escuela es un espacio privilegiado para recuperar algo del encuentro humano, cara a cara, con voces, cuerpos y ojos que interpelan y ocupan lugar. Ese encuentro fuerza lo artesanal y habilita la incertidumbre de compartir durante varias horas, todos los días, espacios e ideas con personas con quien de otro modo probablemente no socializaríamos. En tiempos de mediatizaciones omnipresentes que aíslan a los individuos y a sus grupos de consumos y opiniones, en las que el mercado marca las reglas y los ritmos —hasta del sueño, señala lúcidamente Lorenz citando al CEO de Netflix¹—, la escuela aparece como escenario de un

1 La frase citada es “Estamos compitiendo con el sueño”, reproducida luego (el 17 de abril de 2017) por un tweet de la cuenta @netflix (p. 33).

fogón imaginario en el que se cruzan viajeros de diferentes orígenes y destinos². El aula, ese pesado residuo de un capitalismo que ya no existe, permite interrumpir el flujo de datos personalísimos desde nuestros dispositivos a los servidores de Google, Facebook y Amazon, para fugar hacia el pasado hasta una de las más remotas prácticas humanas: compartir experiencias. La escuela, pensada como tecnología masiva de reproducción cultural y moral a fines del siglo XVIII, ya no parece servir a esos fines originales —ahora conquistados por el mercado y sus formas de distribución del capital simbólico— y hasta puede darse el lujo paradójico de convertirse en potencial partera de una contrahegemonía.

El segundo concepto que atraviesa el libro es el de *agencia*: la capacidad de los individuos de tomar en sus propias manos las fuerzas de la transformación social. La analogía del fogón aspira a dotar a las alumnas y los alumnos de preguntas y reflexiones que los dispongan a imaginar un mundo que no existe, un mundo más feliz. Según Lorenz, las dinámicas —culturales, sociales, económicas— del capitalismo actual conspiran contra iniciativas que desnaturalicen lo dado y que en la desnaturalización generen indignación. Para que esto se produzca es estrictamente necesario contar con espacios a escala humana, que pausen (“manteniendo la moneda en el aire”, dice Lorenz en la página 53) los ritmos frenéticos de nuestra cotidianeidad que demandan tomar rápidamente una posición sobre todo. Que demandan irreflexión e impulso. La idea de “agencia” puede ser análoga a la de “empoderamiento”, tan corriente en los últimos años. O, sin ir más lejos, a la de “autonomía”, que plantea buena parte de la bibliografía pedagógica de los últimos cincuenta años. Que las alumnas y los alumnos tomen en sus manos los conocimientos aprendidos, los incorporen críticamente y los usen para pensar sus vidas.

Estos dos conceptos que desarrolla Lorenz —sus análogos, más bien— pueden ser encontrados fácilmente en la corriente de la pedagogía crítica que comenzó en la década de 1960 de la mano, principalmente, de autores como Paulo Freire, Henry Giroux o Peter McLaren, y en corrientes más recientes que subrayan la importancia de la formación en ciudadanía y en democracia, uno de cuyos referentes es Philippe Meirieu. Desarrollaré este último punto luego.

2 El autor utiliza varias licencias poéticas para metaforizar al docente: lanzador de botellas al mar, disparador de flechas de sentido, habilitador del fogón.

El tercer concepto clave en el libro es el del intelectual *anfíbio*. Con esta categoría, que toma de Maristella Svampa, el autor se refiere a quienes pueden habitar diferentes ámbitos, sin quedar presos de una lógica determinada. Así se describe Lorenz a sí mismo, explicitando ser consciente de ese privilegio. La posibilidad de transitar los mundos académico y educativo alternativamente le permite una reflexividad y una distancia apta para pausar, también, la alienación que produce asimilar las lógicas de un solo ambiente durante un tiempo demasiado prolongado y que puede generar la ilusión de que el mundo se circunscribe a esas lógicas, como si no hubiera otras posibilidades, otros circuitos, otros mundos, que necesariamente pueden dialogar.

Alienación, por cierto, que Lorenz prácticamente no analiza en *Elogio de la docencia*.

Aportes

Elogio de la docencia suma, a través de esos conceptos centrales, algunas claves para pensar qué es ser docente, en los niveles obligatorios, hoy. Tal vez la mayor contribución radique en los cruces que hace con autores que analizan la contemporaneidad desde la filosofía y la sociología (Zygmunt Bauman, Beatriz Sarlo, Jonathan Crary), en diálogo con intelectuales que reflexionan desde la filosofía de la historia (Reinhart Koselleck, François Hartog). El relato se va hilando con anécdotas personales bien ilustrativas del momento del texto y referencias a autores literarios consagrados (desde Homero a Ítalo Calvino, pasando por Herman Melville y T. H. Lawrence), que efectivamente crean un ambiente propicio para cada idea que el autor quiere desarrollar.

El mayor aporte del texto, y sin que se entablen explícitamente debates con otros autores del campo, es en términos de la filosofía de la educación, si entendemos por ésta la reflexión acerca de los fines y las acciones del acto de enseñar, sus sujetos y saberes, en el marco de un sistema masivo a escala estatal³. Y, allí, son ciertamente lúcidos los análisis efectuados sobre la realidad contemporánea, las prácticas culturales, políticas y educativas hipermediatizadas, las pantallas omnipresentes como vehiculizadoras de la posverdad y la velocidad vertiginosa del

3 Por caso, Carlos Cullen afirma que la filosofía de la educación no está “buscando el nombre propio de la educación”, de manera que niega el intento de definir una “esencia” del acto educativo. Lorenz no interviene en estas problematizaciones. Véase Carlos Cullen, *Crítica de las razones de educar* (Buenos Aires: Paidós, 1997), 18.

consumo posmoderno que exige la satisfacción inmediata de cada impulso: “todo ya” o la angustia. Lorenz propone, entonces, a la escuela como un refugio a salvo de esa sacralización de lo efímero y al docente como un optimista irreductible que junta ramas y hojas secas para encender el fogón al que se acercan los viajeros.

Críticas

Como ya he planteado, *Elogio de la docencia* es un ensayo autobiográfico de un docente e historiador. Como tal, reflexiona en torno a ciertas problemáticas y, dentro de ese planteo, cumple su objetivo; que no es otro que un testimonio, indudablemente lúcido, sobre sus experiencias personales como docente de adultos en el conurbano bonaerense y luego del Colegio Nacional de Buenos Aires, y —en menor medida— como investigador sobre la historia reciente argentina. Lorenz no relata —ni se lo propone— una autobiografía en clave de algún evento histórico que haya transitado⁴.

No intentaré criticar las omisiones del texto, ya que un autor cuenta lo que elige contar, y eventualmente se puede formular o no una crítica sobre lo que sí eligió contar. Sí es posible, en cambio, preguntarse qué diálogos podrían establecerse con este texto, aun cuando Lorenz no los explicita, y tal vez señalar algunas limitaciones que impiden ampliar todavía más el arco de los debates sobre la educación, sobre el trabajo docente, sobre la enseñanza de la Historia, y de todo eso en este momento de nuestro país, nuestra región y el mundo.

Como señalé anteriormente, se pueden rastrear elementos de la Pedagogía Crítica en el marco pedagógico de Lorenz —esto es, las ideas acerca de lo educativo que guían las acciones del autor—. Esta corriente, que surgió en el marco de los procesos de descolonización de la segunda mitad del siglo XX, estuvo en su momento profundamente atravesada por la Teoría de la Dependencia. Desde esa perspectiva, y en línea con sociólogos como Pierre Bourdieu, criticó los aspectos más reproductivistas y normalizadores de los sistemas educativos occidentales,

4 En los últimos capítulos el autor narra los primeros momentos de la recuperación, en 2004, del predio de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada, principal centro clandestino de la última dictadura militar, reconvertido en centro de memoria. Esa anécdota, por caso, podría haberse utilizado para contar una experiencia acerca de un proceso divisorio de la historia reciente argentina: las políticas de derechos humanos.

elaborando un corpus teórico que complejiza la mirada sobre lo educativo y abre nuevas posibilidades de intervención, que incluso pueden promover, en palabras de aquella época, la “liberación”. Sus influencias llegaron hasta las reformas educativas de los últimos treinta años en todo el mundo, que plantean la necesidad de formar a las nuevas generaciones en el “pensamiento crítico”. Lorenz se presenta, a través del fomento de la escala humana, como un catalizador de ese “pensamiento crítico” en la escuela. Las reflexiones y respuestas de sus alumnas y alumnos que recoge en el texto pretenden dar cuenta de su éxito en esa empresa.

No obstante, apenas hay referencias a teorías o experiencias pedagógicas, que sólo se rastrean en dos epígrafes: uno de la escritora Cécile Ladjali y otro del crítico y teórico George Steiner. Ladjali es coautora, justamente junto con George Steiner, de un libro de ensayos llamado *Elogio de la transmisión. Maestro y alumno*⁵, donde narra un proyecto que desarrolló como profesora de Literatura en una escuela secundaria de los suburbios parisinos, con población mayormente inmigrante. La actividad giraba en torno a la elaboración de sonetos acerca del mito de la caída, que fueron publicados en formato de libro con un prefacio de Steiner. *Elogio de la transmisión*, entonces, recoge las conversaciones que la profesora y el crítico mantuvieron, a modo de balance de lo hecho, y a modo de reflexión sobre el acto de educar. Como deja en evidencia la coincidencia en el título, existe —como mínimo— un diálogo *Elogio de la docencia* y *Elogio de la transmisión*.

Resulta inevitable, por otra parte, traer a colación otra obra que plantea muchas de las ideas que Lorenz retoma: *Defensa de la escuela*, de Jan Maaschelen y Maarten Simons⁶. Estos autores presentan a la escuela como *fuera de su tiempo*, pero rescatan la potencialidad revolucionaria de la pausa que propone, al tiempo que realizan críticas a las tendencias educativas actuales. Aunque en su libro actualiza y pone estas ideas en juego en el entorno argentino, Lorenz no propone el diálogo con este antecedente bibliográfico, así como tampoco problematiza demasiado las críticas corrientes a la escuela ni las políticas públicas locales.

De esta manera, en un reflejo tan acertado como triste de lo real, Lorenz parece estar solo, con su sólido bagaje teórico, frente a las alumnas y los alumnos de una escuela de élite: el

5 Cécile Ladjali y George Steiner, *Elogio de la transmisión: maestro y alumno* (Madrid: Siruela, 2005).

6 Jan Maaschelen y Maarten Simons, *Defensa de la escuela. Una cuestión pública* (Buenos Aires: Miño y Dávila, 2014).

Nacional Buenos Aires. Y allí logra, solo en el aula con sus alumnas y alumnos, sus encuentros: encender el fogón.

La soledad de las y los docentes que transitamos el sistema educativo es, efectivamente, una de las deudas de la política educativa argentina. Esta soledad se traduce en la falta de espacios colectivos para pensar nuestras prácticas y sistematizarlas, estableciendo diálogos, pensando intervenciones pedagógicas y didácticas frente a la compleja realidad educativa actual. Lorenz no problematiza las dificultades que el sistema educativo mismo le imprime a la tarea docente, sus rasgos más alienantes. Y aunque el autor está, como decía, en pleno derecho de elegir no adentrarse en esa problemática, se pueden formular preguntas ante lo no dicho: ¿Cómo encara su práctica —a escala humana, promoviendo agencia— un docente que no trabaja en una escuela de élite, el Nacional Buenos Aires, y que tiene dentro del aula a alumnas y alumnos con problemas dramáticos de acceso a las necesidades básicas? ¿Cambia el contexto si en vez de tener hijas e hijos de familias profesionales e intelectuales de Buenos Aires tenemos adolescentes que transitan su vida juntando pedacitos de sí, sin familia, sin respaldo? ¿Cómo armar el fogón en condiciones distintas a las que rodean a Lorenz? ¿Alcanza con “Astucia”, “Diálogo y escucha”, “Sensibilidad artesanal”, para encender el fuego? ¿O necesitamos fuertes políticas públicas que aporten ramas, chispas y oxígeno?

En *El maestro ignorante*, el filósofo Jacques Rancière retoma a Joseph Jacotot, un educador que propuso a fines del siglo XVIII y principios del XIX un “método” educativo desmarcado de las enseñanzas vigentes. El planteo principal es que un maestro puede enseñar incluso lo que ignora, pues parte de la igualdad de las inteligencias. No obstante, esa posibilidad tiene una condición básica: la voluntad, el deseo de aprender, de conocer, de comunicar. Rancière escribe:

...los mecanismos que pone en funcionamiento son simplemente los de cualquier situación de comunicación entre dos seres razonables. La relación de dos ignorantes con el libro que no saben leer sólo radicaliza el esfuerzo a cada instante por traducir y contratraducir los pensamientos en palabras, y las palabras en pensamientos. La voluntad que preside la operación no es una receta de taumaturgo. Es ese deseo de comprender y de hacerse comprender sin el cual ningún hombre podría jamás dar sentido a las materialidades del lenguaje⁷.

7 Jacques Rancière, *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual* (Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2016), 109 (cursiva en el original).

Las alumnas y los alumnos que Lorenz describe fugazmente a lo largo de sus reflexiones parecen contar con ese deseo, casi sin la necesidad de un obrador de prodigios. ¿Qué pasa si esas condiciones no están dadas? ¿Qué pasa cuando todo, incluso las voluntades y deseos de nuestras alumnas y nuestros alumnos, está atravesado por una intemperie de hambre, violencia, pobreza, frío? ¿Qué pasa cuando los claustros, las bibliotecas y los exámenes de ingreso de la escuela Nacional Buenos Aires no están?

Tampoco aborda Lorenz cuestiones didácticas sobre la enseñanza de la Historia en el nivel medio que es, de hecho, de un campo que debe renovar sus investigaciones a la luz de las necesidades de las y los adolescentes en el siglo XXI respecto del conocimiento histórico⁸, especialmente luego de los procesos de reformas curriculares de los últimos treinta años. El autor omite problematizar una temática plagada de preguntas: ¿Es necesario reformular la enseñanza de la Historia en la Argentina, cuando los métodos memorísticos y las perspectivas mitristas han sido eliminados —al menos en los diseños curriculares— hace ya treinta años? ¿Cuáles serían las prácticas a rescatar y cuáles las que necesitan modificarse? ¿Es suficiente la profesionalización de los saberes históricos, que ingresaron en las aulas a partir de las reformas educativas menemistas, para las necesidades actuales?

Conclusiones

Elogio de la docencia es, en palabras de su propio autor, un libro que “ofrece (...) una cantidad de reflexiones surgidas a partir de situaciones acumuladas en años de clase. No es una crítica a los profesorado, ni a las ciencias de la educación, sino una reivindicación del oficio” (p. 20). Sus objetivos son claros y concretos:

...este libro se pregunta, desde la experiencia del oficio, para qué sirve una escuela secundaria, y para qué sirve ser profesor. Y como tengo una idea al respecto, imagino un escenario y una tarea: preparar el terreno para futuros combates. Reconstruir los hilos de luchas y derechos conquistados allí donde parece no haber nada (p. 18).

A lo largo del texto, Lorenz cumple con estos propósitos, aportando además miradas interesantes sobre la relación entre la práctica docente y el mundo contemporáneo.

8 Entre los autores “clásicos” de la didáctica de las Ciencias Sociales puede citarse a Mario Carretero o a Joan Pagés.

Sin embargo, sus reflexiones se ciñen a su propia experiencia y a las condiciones biográficas que la hacen posible. Esta preeminencia de la clave autobiográfica abre la pregunta de hasta qué punto esas reflexiones pueden promover acciones en otros contextos.

Las omisiones sobre los marcos pedagógicos y didácticos, acerca de las políticas educativas, y respecto de obras reconocidas del campo que abordan temáticas similares fuerzan, necesariamente, diálogos hacia afuera. Ciertamente es un mérito docente abrir más preguntas que ofrecer respuestas, pero la lectura de *Elogio de la docencia* no habilita necesariamente, *a priori*, a generar esas preguntas. Es pertinente como sistematización de la propia práctica —una necesidad imperiosa en la docencia, limitada por las variables ya mencionadas—, pero tal vez es algo insuficiente para su multiplicación, para ampliar las lecturas, para reflexionar y transformar.

Hay, entonces, algo paradójico en el libro: Lorenz critica —con razón— el individualismo y la fragmentación de esta etapa del capitalismo, pero aparece en soledad batallando contra eso, sin reivindicar algo central del trabajo docente: las mejores prácticas, las soluciones más innovadoras, los diálogos más fructíferos, son siempre colectivos. No hay éxito posible al lanzar botellas al mar o flechas al aire si no es articulando espacios comunes de intercambio docente, forzando a los gobiernos a mejorar las condiciones de carrera, pensando juntas y juntos el futuro.

La verdadera ruptura es pensar colectivamente.